

**Mahfud Massís.—**

## **Poesía desnaturalizada**

“¿A estas delicadas criaturas  
llamáis poetas?”.—WHITMAN.

Cierto ilustre bribón, hace años, escribió que la poesía “no debía ser maricona”. Un gran escritor nuestro le respondió que por primera vez le encontraba razón, pero que si bien es cierto que la poesía no debía ser maricona, tampoco tenía por qué ser cabrona...

Estos calificativos, generalmente aplicados a personas, se ajustan a veces como anillo al dedo a determinadas formas y expresiones en el dominio de la “creación artística”.

Durante siglos prevaleció el consenso aberrante que el poeta era un ente frágil, de inaudita transparencia, cuya razón de existir era recoger los más sutiles efluvios para transportarlos al "verso", esa palabra que aman tanto los versificadores.

¿Qué tiene que ver el poeta con todo eso? ¿Dónde, cómo, por qué se forjó esa noción miserable? ¿En qué momento le nacieron tetras a la poesía?

Sujetos barbados como piratas, de masculino andar, cuando se enfrentan a la expresión poética se comportan como si fuesen niños de coro del Vaticano.

Detrás de todo existe, a no dudarlo, una razón. Lo fundamental ha sido invertido, trastocado, desnaturalizado. ¿Por qué?

Esta reversibilidad no puede ser objeto del azar. Existen incidencias sociales, razones históricas, que actúan sobre el arte, muy particularmente sobre la poesía, proclive, por su naturaleza a actitudes y deliquios más o menos lamentables.



Estas perversiones habría que buscarlas, a nuestro parecer, en situaciones concomitantes entre el artista o el escritor y las clases rectoras, en su adhesión y supeditación a ellas, por razones que van desde la falta de un adecuado desarrollado de la conciencia social, hasta la necesidad de sobrevivir, o el oportunismo liso y llano.

Esta dependencia en que ha vivido en casi todos los tramos de la vida social, ha debido, necesariamente, disminuir el impulso primi-

genio, la función categórica, disminuyéndolos, deformándolos, condicionándolos a situaciones tristemente accesorias, que debilitan o destruyen inexorablemente su destino creador.

No podía ser de otro modo; pues, ¿qué representaban esos regímenes a los que el artista ha servido, y a menudo sirve, si no es el predominio de una clase, minoritaria siempre, privilegiada siempre, sobre el vastísimo mar de los condenados sociales? ¿Qué encarnaban sino el poder, el abuso, el escarnio, la injusticia o la muerte para con los otros?

Esas clases sociales, no obstante, en su emersión, fueron revolucionarias. Debieron previamente demoler un poder para poder asumirlo. En sus etapas de ascenso, las nuevas clases, preñadas de ímpetu, llegaron con frecuencia a la caracterización de un arte recio. Surge así un Walt Whitman, revolucionario cantor de la democracia burguesa en camino a su plenitud; un Kipling, apolo-gista del poder de expansión colonial en Inglaterra, por citar algunos.

Por un proceso social lógico, esas clases se tornan contrarrevolucionarias. Decaen. Necesitan cimentar su poderío en todos los planos, aún en el estético, imponerse a otra clase. Entonces acogen encantadas al artista, al escritor, a aquellos que, como perros domesticados, estén dispuestos a celebrar su "grandeza".

En la época feudal muchos se incorporaban a la corte. La "protección" dispensada al arte, la existencia blanda, estriada de intrigas, políticas o amorosas, eran canceladas

con doloridos suspiros, con equívocas quejas por parte de los beneficiarios, porque los dueños de las blancas pelucas —a menudo cuajadas de nobilísimos piojos— imponían un estilo de vida, un modo de expresión, y planteaban al arte la exigencia de que fuera un arte a su imagen y semejanza. Para eso lo pagaban.

Los escritores y artistas inclinaban sus testas, unas vendidas, otras derrotadas. Sobreviven numerosas dedicatorias de ingenios notables a grandes y desagradecidos señores, que nos resultarían abyectas si no fuesen tan dolorosas. Están las del gran Cervantes, sobrecogido por la miseria. Justifiquémoslas como producto de un período que ofrecía escasas posibilidades, y en que el individuo era a menudo pasto de instituciones y personas.

La burguesía de nuestro tiempo —¡a estas alturas del desarrollo social!— posee también sus sirvientes y sus bufones, sus poetas de invernadero, en la continuación de un proceso que se repite, pero que tiene, como es obvio, sus propias variantes.

La mayoría de los perros fieles adictos a aquellos regímenes tronados o en trance de tronar, poseen módulos comunes que los unifica y los clasifica a través del tiempo. Melifluos o exquisitos, coperos “finos” a lo Ganimedes, o presuntuosamente refinados, aristocratizantes o esteticistas, ambiguos o sutiles, son todos productos del mismo huevo.

¿Qué hubiera dicho el viejo Buffon que aseguraba que el estilo era el hombre?

¿Podría distinguir un macho de una hembra?

No hay duda: la desubicación social de numerosos artistas, por desconocimiento o por oportunismo, (más ésto que lo otro), su alejamiento del pueblo, por prejuicio, ignorancia histórica, o simplemente por asco, en nuestra época, los han arrojado de su centro y arrasado a las más variadas formas de perversión artística.

Lo que ayer pudiera justificarse como producto estético de una sociedad cuyo perímetro no tocaba el ancho mar social de las grandes masas, hoy está desvirtuado, descalificado, por ese múltiple y fundamental personaje —el pueblo— que comienza a llenar el más vasto escenario de todas las épocas.

La conciencia y la expresión del creador contemporáneo están comprometidas hasta sus cimientos con este magno fenómeno, no sólo porque el pueblo postergado por siglos y siglos, entra, pugnante, en el cuadrilátero social, sino porque el escritor mismo, el artista, devienen específicamente en parias sociales de nuestro tiempo.

Martirizados, casi siempre, en faenas que no les son propias, sin cotización en el mercado económico, zaheridos, a menudo castigados por una casta que dice preferir al "hombre de acción" y los desprecia "por inútiles", por veredicto histórico forman, en su gran mayoría, en las filas de los explotados sin destino.

---

Casi podríamos establecer un axioma: el arte será tanto más genuino y viril cuanto más profundamente se enraíce en lo huma-

no. ¿Y dónde está lo humano? ¿En los minoritarios y refinados dósotas que detentan el poder acallando con balas o leyes amordazantes a millones de criaturas, o estará en esa masa dolorosa, anónima, ensangrentada, que aspira a la dignidad y al elemental usufructo de la vida?

Las más hondas y preclaras cualidades de lo humano —al que el humanismo socialista un día dará estructura universal— todo lo noble y trascendental y eterno, palpita, vivo, en ese barro gigantesco, en esa reserva milenaria, que son los pueblos de la tierra.

Todo arte que se aleje diametralmente de su centro radioactivo, será necesariamente un arte postizo, muerto, dicharachero, feminoide, o simplemente maricón.

Cervantes, Rabelais, el Arcipreste, los terribles libros de La Biblia, Whitman —embriones vivos de la humanidad de todos los tiempos— representan algunos de los innumerables testimonios de que el pueblo es el creador multitudinario de un anhelo expresional que se encarna en sus grandes poetas, en sus pintores, en sus novelistas, en sus arquitectos, y es el receptor, el destinatario último, en suma, de la expresión social-estética del individuo.

Por otra parte, el pueblo no espera de sus artistas la farsa apologética o la idiotez organizada. Es demasiado genuino, demasiado puro para ello. Los libros del pasado no fueron apologéticos; no lo serán los de mañana. "Lo popular", entendámoslo, no es lo populachero; lo popular —cuyo sentido será reajustado un día— es la expresión capaz de reducir a síntesis lo humano. Eso es todo.

Todo lo hondamente humano es popular, porque el pueblo es su depositario y porque de él viene. Cualquier arte que pretenda ser sometido a "doblaje", será falso. Tonto. Antipopular. Canallesco.

Es así que el arte que propugnan las democracias populares no es popular. No puede serlo. Lo popular no se organiza. No se dictamina. No puede ser legislado. Es propiedad de todo creador legítimo. Continúa, pues, siendo el de las democracias populares el arte de una clase —o de una casta— sobre otra clase. ¿De una clase sobre otra? Sí: el arte de una casta **burocrática**, que la burocracia fabricó **para el pueblo, o sobre el pueblo, o, en rigor estético, contra el pueblo.** En ningún caso un arte del pueblo.

No es un arte feminoide, no, pues, las incidencias sociales son distintas y la vitalidad de un pueblo en emersión amplía o conforma otro carácter, pero es un arte de cartón piedra, un arte de maniqués, de museo lamentable.

La burocracia en las democracias populares, en materia artística, no es al pueblo mucho más de lo que sigue siendo la burguesía: ambas han obturado el camino para un encuentro legítimo entre el creador y su pueblo. La burguesía, porque llegó al límite de su tolerancia de clase; la burocracia, porque agarrotó el mecanismo de desarrollo de la expresión desde la partida.

Cuando el asno dorado de la burocracia sea arrasado por el ímpetu revolucionario de las masas, cuando los poetas, los artistas, puedan conectarse sin interferencias al corazón de

los pueblos, sólo entonces será posible entrar sin limitaciones a ese océano abierto, donde la expresión será capaz de levantar un auténtico canto en dirección hacia lo permanente y lo humano.

---